

ARKHAM
HORROR

INVESTIGACIONES SINIESTRAS

❧ ANTOLOGÍA VOLUMEN DOS ❧

AMANDA DOWNUM

minotauro

ARKHAM HORROR

INVESTIGACIONES SINIESTRAS

Antología, Volumen Dos

AMANDA DOWNUM

minotauro

Investigaciones siniestras: Antología 02

Published by Aconyte Books, 2022

Copyright 2025 © Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.

Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales

de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Originally published as *Grim Investigations. The Collected Novellas, Vol.2.*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón, 2024

Ilustración de cubierta: Anders Finér

Revisado por: El Taller del Llibre

ISBN: 978-84-450-1893-4

Depósito legal: B. 13.927-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

Revelaciones sombrías de Amanda Downum 7

Orígenes de los investigadores de los archivos de
Arkham Horror 137

Revelaciones sombrías

AMANDA DOWNUM

CAPÍTULO UNO

Leí hasta el final.

No sé si dije las últimas palabras en voz alta. Sentí cómo mi lengua las formaba, pero el rugido de la sangre en mis oídos no me permitió oír nada. ¿O era el rugido de la tormenta? Un trueno sacudió la casa y las ramas azotaron las ventanas mientras el viento arreciaba.

Se me emborronó la vista, teñida de rojo y rodeada de oscuridad. Una figura pálida se alzaba ante mí; hasta que no me froté los ojos no me di cuenta de que era Rachel.

Mi querida Rachel, con sus mejillas blancas como la tiza surcadas de lágrimas y su pelo como una tormenta bermeja sobre los hombros. Aferraba un cuchillo y la sangre había huido de sus nudillos, apretados sobre el mango. Temblaba tanto que temí que se cortara.

Entonces lo comprendí. Había tenido intención de impedir que terminara el libro, fuera como fuese. Sabía lo que había que hacer, pero, en el último momento, el amor había detenido su mano.

El libro cayó de mis dedos flácidos. Un instante después, el cuchillo cayó de los suyos. Nos abrazamos, sollozando. Yo no había conseguido detener el libro. Ella no había conseguido detenerme a mí. Al menos, estaríamos juntos al final.

Nuestras lágrimas se hicieron más lentas y nos miramos el uno al otro con determinación renovada. Afrontaríamos el fin juntos.

De la mano, nos volvimos hacia la ventana abierta y miramos al cielo.

El cielo se agitaba.

El cielo se retorció.

Las nubes rojas se separaron, apartándose para revelar el firmamento que se extendía tras ellas. Las estrellas brillaron con más luz, más calor, hasta que la oscuridad que las rodeaba ardió y se fue retrayendo como un celuloide al derretirse. De punta a punta, el cielo se abrió por una costura invisible. Tras las estrellas debería haber oscuridad, pero, en su lugar, una luz roja sangró por la abertura, iluminando...

¿Iluminando qué?

Gloria Goldberg suspiró y se reclinó en la silla, flexionando los dedos para aliviar el dolor que sentía tras tanto rato tecleando. Esa imagen en concreto, el cielo devorador, llevaba días persiguiéndola, grabada a fuego en su mente cada vez que se despertaba. Pero, cuando intentaba exorcizarla volcándola en la página, todos sus esfuerzos resultaban insatisfactorios.

En sus sueños, lo veía todo muy claro. Cuando soñaba, sabía con una certeza terrible lo que había tras aquel cielo descosido. Despierta, todo se reducía a un batiburrillo de imágenes y de terror.

¿Cómo puede uno describir el fin del mundo?

Enderezó los hombros, estremeciéndose ante el crujido de su cuello. No tenía que estar escribiendo sobre un cataclismo en los cielos. El último libro que había propuesto a sus editores era una historia mucho más sencilla, un terror más confinado y personal. Pero los sueños no la dejaban en paz.

Retiró la silla y parpadeó. La noche había caído mientras

trabajaba, y solo la lámpara de su escritorio ardía contra las tinieblas. Al fondo del pasillo distinguía a sus vecinos gritándose. No es que se hubieran enfadado: la señora Singer estaba medio sorda y se negaba a reconocerlo, así que todas las conversaciones con su marido acababan siendo a voz en cuello. En el piso de arriba, el señor Zebrowski volvía a practicar con el clarinete, aunque le habían pedido varias veces que no lo hiciera después de la hora de la cena.

Todo a su alrededor era como debería. Entonces, ¿por qué se sentía tan rara, tan desconectada? ¿Había comido algo desde el almuerzo? Era posible que no. Quizás eso lo resolviera.

Se volvió hacia la cocina, pero un parpadeo extraño de la luz atrajo su atención hacia la ventana.

Una vorágine carmesí rugía fuera.

Trastabilló hacia adelante, presa del asombro, y se enderezó de nuevo, sobresaltada. Su apartamento había desaparecido: en lugar de las paredes blancas y los techos con molduras, las vistas abarcaban una amplia extensión de cielo de un rojo furioso. Estaba en un balcón de madera y solo una precaria barandilla la separaba del aire vacío. El viento le daba tirones, sepulcral y metálico, poniendo en riesgo su equilibrio.

Las nubes bullían, del color de las costras. Pronto se retirarían y revelarían los horrores que aguardaban tras la piel del cielo. Una cinta oscura descendía en espiral, cambiante, disgregándose como el humo. Murciélagos o pájaros..., buitres. No, algo más grande.

—Tú lo sabías.

Junto a ella había un hombre, un joven de ojos tristes y ensombrecidos. Lo reconoció, pero el asombro repentino la dejó demasiado anonadada para pronunciar su nombre.

—Tú lo sabías —repitió él, extendiendo una mano. De los dedos le goteaba sangre: manaba de unos cortes finos y recientes que tenía en la palma.

Gloria retrocedió, estremecida, y su cadera chocó con la barandilla. La madera crujió y se movió.

—Sabías que esto iba a pasar y no hiciste nada. ¿Por qué no me ayudaste?

Sobre sus cabezas, las nubes se separaron con un sonido de desgarró húmedo. Cayó un torrente carmesí, que salpicó el rostro vuelto hacia arriba de Gloria, asfixiándola con un hedor a matadero.

—He empezado una cosa —dijo el hombre, cuyas palabras casi quedaban ahogadas bajo el rugido del diluvio—. Necesito que la termines por mí.

El balcón cedió; Gloria intentó agarrarse a la mano del joven, con sangre o sin ella. Durante un momento, tocó piel fría. Luego, el hombre desapareció y los dedos de Gloria se cerraron en torno al aire vacío. La barandilla de madera se desintegró y ella cayó con un grito...

Aterrizó con un doloroso golpe sordo en el suelo de parqué de su apartamento. No había mancha alguna en sus manos extendidas. El corazón le martilleaba en los oídos y notaba un dolor punzante en la cadera.

Buscó el alféizar a tientas y se levantó. Con el aliento atascado en la garganta, descorrió las cortinas.

Un latido más tarde, expulsó aquel aliento y su pecho se ahuecó por la fuerza de la exhalación. Fuera, el conocido paisaje urbano de su barrio se alzaba contra la oscuridad negra como el carbón de una noche de Manhattan. Abrió la ventana de par en par y dejó que el sonido de las voces y los vehículos la bañara. La noche era húmeda, pero el aire contenía la promesa del otoño. Se apoyó en el alféizar e inspiró,

llenándose los pulmones de los olores entremezclados del asfalto, el aceite de motor y las especias.

—Jamie —susurró, volviéndose hacia la habitación vacía. James Galbraith, escritor y poeta. Lo había conocido antes de que publicara, cuando era un joven que se esforzaba por ocultar sus nervios en un rincón de una fiesta de fin de año que había organizado uno de los editores de Gloria. Habían mantenido correspondencia, pero llevaba más de un año sin verlo en persona.

Tú lo sabías. ¿Por qué no me ayudaste?

—No podía —dijo—. No podía ayudarte.

Tal vez la ficción fuera el arte de construir mentiras elaboradas, como afirmaban algunos, pero a ella nunca se le había dado muy bien mentirse a sí misma.

Había estado pensando en Jamie aquella tarde, antes de sentarse a escribir. ¿Sería una premonición? No, no era nada tan melodramático, solo un recordatorio insistente salido de los recovecos de su mente.

Había un montón de cartas desparramadas sobre la pequeña mesa de la cocina; era el correo de varios días. Nada acuciante: alguna que otra factura, una declaración de rendimientos por derechos de autor y un grueso sobre que seguro que contenía reseñas de su último libro, recortadas de varias publicaciones y reenviadas por su prima Edith. Gloria no había sido capaz de convencer a su prima de manera educada de que aquel servicio no era necesario, ni siquiera deseado. Allí, entre los detritos postales habituales, había una caligrafía conocida.

*James Galbraith
25 Noyes Street
Arkham, Massachusetts*

Tenía planeado leer la carta de Jamie cuando acabara el último capítulo..., lo que debía haber ocurrido hacía dos días, pero no conseguía que le saliera la escena adecuada. Las manos le temblaban al abrir el sobre y el papel le cortó en un lado del dedo. No le hizo más que una dolorosa línea roja junto al nudillo, pero, aun así, se estremeció al recordar la imagen de la palma de Jamie.

Gloria:

He...

Tras eso había varias líneas tachadas con furia. La tinta estaba emborronada. No se parecía en nada a la correspondencia limpia y ordenada a la que estaba acostumbrada.

He empezado una cosa. Empecé mi libro, pero ahora se ha convertido en otra cosa. Algo demasiado grande para mí. Hay cosas de las que tú y yo no hablamos, pero creo que debemos enfrentarnos a ellas ahora. Necesito tu ayuda. He empezado una cosa. Necesito que la termines. Por favor, ven a Arkham.

Tu amigo

Jamie

Gloria se quedó mirando la página fijamente, chupándose el dedo dolorido de forma distraída. Nada en ella tenía sentido; no solo las propias frases, sino también la idea de que Jamie hubiera escrito o pudiera escribir algo así. Aquella forma de escribir seca y confusa era la antítesis de su estilo habitual.

La carta la distrajo del terror de su visión; su corazón casi había bajado su ritmo loco cuando sonó el teléfono.

Gloria dio tal respingo que se le levantaron los pies del suelo. La carta se le escapó de la mano y revoloteó suavemente hasta el pavimento. Riéndose de su propia estupidez, cruzó la habitación y cogió el auricular.

—¿Gloria? Soy Ellen. —La voz de su agente sonaba metálica y hueca a través de la línea—. Siento llamarte tan tarde, pero me imaginaba que aún estarías despierta. —Continuó antes de que Gloria pudiera responder—. He hablado con Judith de Scribner & Sons. Ha sido una conversación rara y tiene una petición aún más rara que hacerte. —Hizo una pausa, más para causar un efecto dramático que por la necesidad de respirar—. ¿Te acuerdas de James Galbraith?